DE LA REMOTA INDIA A ALCALA DE GUADAIRA

Nota sobre la ruta de los gitanos [1]

Sobre el estudio de la cultura gitana, sobre su situación conflictiva en el contexto de las culturas occidentales y sobre las sucesivas y no siempre visibles agresiones de que ha venido siendo objeto, no sólo mediante procedimientos típicamente racistas, sino también con el concurso del vanidoso ofrecimiento de una integración que ignora o desprecia a todo su sistema de valores (el cual, con esa integración incondicional, quedaría devastado), existe un excelente libro de Francesc Botey: *Lo gitano, una cultura folk desconocida.* Para evitar un minucioso plagio citaré con frecuencia ese texto.

«En el valle del Indo, por los años 3000 al 2000 antes de Cristo [escribe Botey] se desarrolló una esplendorosa civilización urbana, un pueblo cuyas ciudades tenían elaborados sistemas de desagües, que vivían en casas de ladrillos y mantenían relaciones con las distintas civilizaciones de Mesopotamia y Elam. El suelo del norte de la India había experimentado ya grandes movimientos de pueblos: los protoaustralianos, su primera oleada humana, los melanésicos después, los drávidas; también se halló presente el tipo mediterráneo, que aportó la agricultura. La sedimentación estaba ya bastante avanzada como para que hicieran su aparición las grandes culturas de Harappa y Mohenjo-Daro, en el interior y en la llanura, ambas en el curso del Sind (el Indo) y su afluente Parusni (actualmente Ravi). Contemporánea de Egipto y Sumer, esta civilización era netamente superior a la de los arios, que posteriormente la invadieron.» En apoyo de esta última precisión, Botey cita una frase de Eliade: «Su civilización urbana e industrial no tenía punto de comparación con la *barbarie* de los indoeuropeos». Botey informa de cómo «el pueblo joven y rudo de los arios venció, pero a su vez fue vencido; es decir, a pesar de su aparente aniquilación los autóctonos vencieron culturalmente. Esta victoria fue lenta y silenciosa; como toda ósmosis de culturas, fue obra de siglos». Y más adelante: «Efectivamente, el gitano no es ario. Las afinidades de los gitanos con los aborígenes prearios, y aun predrávidas, de la India meridional son particularmente notables, como atestiguan

[1] Capítulo del libro *Memoria del flamenco,* de inmediata aparición en la Editorial Espasa-Calpe.

diversos estudios serológicos y antropométricos». Los gitanos son, pues, oriundos de la cuenca del Indo, lugar en donde tuvo su origen la primera cultura ya geográficamente hindú, cultura vencida por la invasión aria y después dominadora cultural de sus dominadores. «Los antepasados de los gitanos eran congéneres de otros pueblos y, con ellos, creadores y herederos de las culturas de Harappa y Mohenjo-Daro.» A esta cultura que se hace presente con la aparición de las ciudades de Mohenjo-Daro y de Harappa, Romila Thapar, en su *Historia de la India,* la denomina «la espectacular civilización del Valle del Indo». A su vez, en un texto sobre la India, escribirá Marie-Joseph Steve: «Entonces es cuando se erigen, sobre estos humildes vestigios [en esto contradice o matiza a Botey], las altas murallas de ladrillos cocidos de Harappa y Mohenjo-Daro, hacia 2500 a. C. Es un mundo nuevo que se instala de una vez y que se impone inexorablemente. Ninguna de las excavaciones realizadas nos ha aportado aún la prueba de que esta sorprendente y enigmática civilización tuviera sus raíces en las aldeas y poblados que la han precedido. La entrada de la India en la historia sigue estando rodeada de misterio». Entre esas misteriosas gentes que, desde procedencia hoy desconocida y a un ritmo también oculto en la tiniebla, crearon en la India la cultura Harappa se encontraban, pues, los antepasados de los antepasados de los gitanos. Se diría que en el culto de esta raza por sus antepasados se juntan el sobresalto religioso y la fidelidad antropológica; es decir, el terror y el misterio que basamentan la preconsciente memoria colectiva de un pueblo.

Tras su invasión y dominación, los arios reestructuraron la configuración teológica y social de la India, implantando el sistema de clasificación en castas. «Los arios habían reservado para sí la supremacía, que revistieron de categoría religiosa: el brahmán»; el sudra, relegado a ser esclavo del brahmán, es excluido de la religión de éste; «le está prohibido el matrimonio con persona de otra casta, no puede comer o beber con grupos superiores». «La gran masa quedará abandonada.» Los gitanos eran una pequeña parte de la zona inferior de aquella rígida estructura de castas, por lo cual su suerte «corrió pareja con los parias. El progresivo endurecimiento del sistema de castas no pudo con su espíritu indomable y los grandes movimientos de los pueblos pusieron al gitano en la ruta de Europa». Botey sostiene que por el momento es inútil empeñarnos en conocer la historia del pueblo gitano (entonces, la *casta* gitana) en épocas anteriores a su salida de la India, aunque de su comportamiento posterior podamos deducir que su forma de vida era seminómada y que existía confundido entre las clases desposeídas. A su vez, Jean-Paul Clébert señala que «la propia historia de la India es poco explícita. En la mezcla, a primera vista incoherente, de sus antiguas poblaciones, apenas se puede

discernir una raza de hombres prearios, de piel muy oscura, de cabello rizado, que llevaban una vida seminómada a base de caza y cosechas. La llegada de los arios, alrededor del año 1500 a. C., probablemente empujó a aquellas comunidades hacia regiones más desheredadas. Quizá fue el momento en que los *curi,* los *rom* y las otras tribus empezaron a nomadizar y a especializarse en profesiones propias de los errantes». Como se advierte, el origen del desarraigo y diseminación de los *rom* se diluye en una fecha nebulosa. Los motivos—excepción hecha de la pobreza, de la necesidad—únicamente son conjeturables. Para Fernando Quiñones, el éxodo de los gitanos se inicia entre los siglos VIII y IX de nuestra era, para atravesar lentamente Asia y Europa «dejando aquí y allá núcleos raciales». Botey se pregunta: «¿Cuándo empezaron su peregrinar? ¿Fue en algún trasiego de pueblos provocado por invasiones cuando empezó su nomadismo? ¿Fueron desde siempre nómadas? ¿Empezaron a recorrer el mundo con la invasión de los arios? ¿Fue—como se inclinan a creer los especialistas—entre los siglos VII y XIV cuando dejaron la India, coincidiendo con un período de luchas intestinas y con la invasión musulmana? Algunos estudios sobre el idioma parecen fijar su partida alrededor del año 1000».

Es claro que las fechas que se proponen para señalar el origen del nomadeo *rom* no son coincidentes. Ricardo Molina, tras interrogar a la *Encyclopédie de la Pleïade,* anota que, aún sin poder especificar desde qué región, los gitanos abandonaron la India «a principios del siglo IX». Y agrega: «En 834 ya acampaban en la Baja Mesopotamia, donde los batió el Califa de Bagdad, Motassim». Por su parte, Teresa San Román propone una posible ruta migratoria a partir de la patria hindú: «A través del análisis de los dialectos del Romany, especialmente los hablados por los gitanos galeses [el doctor Sampson] reconstruyó la ruta que los gitanos habían seguido en su movimiento hasta el extremo occidental de Europa. A partir de Indostán, habrían pasado a Afganistán, y de aquí al Irán. En Irán (...) tomaron dos caminos diferentes: algunos llegaron a Bizancio a través de Armenia y otros pasaron al norte de Africa habiendo cruzado Siria».

Además de algunos trabajos de serología y de antropometría, únicamente los análisis lingüísticos vienen proporcionando ciertos alivios a la investigación—siempre tan dubitativa—, tanto por lo que se refiere al origen más remoto de los gitanos [2] cuanto por lo que atañe a sus rutas de

[2] «Fue Cristopher Rüdiger [escribe Teresa San Román] quien en la segunda mitad del siglo XVIII (1782) encontró una correlación entre la lengua Romany y las habladas en el noroeste de la India. Y durante el mismo período, un lingüista alemán, Grellmann (1782), identificó el

éxodo. La ruta y su bifurcación propuestas por el doctor Sampson parecen verosímiles. A ellas prestan su colaboración un antiguo documento y una leyenda oral. El documento sería éste: hacia el año 950 de nuestra era el historiador árabe Hamzha ibn Hassan-el-Isfalini, en su *Historia de los reyes de Persia* (el país llamado hoy Irán, y fronterizo con el Pakistán, que era el territorio que comprendía el noroeste hindú en la época de Harappa y Mohenjo-Daro), registra la llegada, *quince siglos antes* (es decir, hacia 550 a.C.) de doce mil músicos procedentes de la India y que el rey persa Bahram Gur distribuyó en su reino, apenado al ver a sus súbditos beber sin música. Gitanólogos posteriores han conjeturado que esos músicos hindúes eran de origen *rom,* esto es, gitanos. Si en efecto fueron gitanos, este ingente envío al rey persa reforzaría la ya sólida hipótesis de la pobreza de la casta *rom* en la era precristiana: doce mil músicos no se envían a un país sino como una venta o un regalo.

En cuanto a la leyenda oral, su interpretación, sin negar la procedencia hindú de los gitanos, nos hablaría de su remota permanencia en Egipto (algo que, si atendemos con un mínimo de confianza a las constantes referencias egipcias, faraónicas, etc., que encontramos en el cante gitanoandaluz, y aún en las conversaciones cotidianas gitanas, así como en algunos de los nombres genéricos con que vienen siendo denominados a través de la historia—egipcianos → gitanos—, no debemos desestimar); pues bien: el especialista ruso Mijaíl Kunavin, estudiando las tradiciones orales de los zíngaros viajeros por los montes Urales, anotaba hacia 1840 la siguiente leyenda:

> En ese país, donde el sol sale detrás de una oscura montaña, hay una ciudad grande y admirable, rica en caballos. Hace muchos siglos, todas las naciones de la tierra viajaban hacia esa ciudad, a caballo, a lomos de camello o a pie... Todos hallaban un refugio y una acogida. [Entre aquellos viajeros] había algunas de nuestras tribus. El soberano de aquella ciudad las acogía favorablemente, y al observar que sus caballos estaban bien cuidados, les propuso establecerse en su imperio. Nuestros antepasados aceptaron, plantaron su tienda en los fértiles prados. Allí vivieron mucho tiempo contemplando con agradecimiento la tienda azul de los cielos. Pero el destino y los espíritus del mal veían con disgusto la felicidad del pueblo *rom.* Entonces, a aquellos lugares dichosos enviaron malvados jinetes *jutsi,* que prendieron fuego a las tiendas del pueblo feliz, y tras haber pasado a cuchillo a los hombres se llevaron a la esclavitud a mujeres y niños. Sin embargo, muchos escaparon, y desde entonces no se atreven a permanecer mucho tiempo en un mismo lugar.

Romany con la lengua que se hablaba en la margen derecha del río Zind, que actualmente tiene a Karachi por capital. Una considerable cantidad de literatura ha versado sobre la conexión hipotética de Zind con el nombre dado a los gitanos en diferentes partes del mundo, tales como Sinti, Zincalo, Tsingaro y Zíngaro». Todo lo cual coincide con la información en la que Cansinos-Assén notifica que el cardenal Mezzopant identificaría en el Romany a un dialecto del sánscrito.

Como avisa François de Vaux de Foletier (de cuyo necesario libro *Mil años de historia de los gitanos* tomo ese relato tradicional), «no hay hay que acoger las leyendas orales sino con suma prudencia». Y en efecto, con prudencia de hipótesis, e incluso de hipótesis muy tímida, quisiera señalar la semejanza del nombre de aquellos enigmáticos «malvados jinetes *jutsi»* con el de los guerreros *hyksôs* o *bicsos* que invadieron y dominaron el territorio egipcio comprendido desde el sur de Tebas hasta Avaris, en el Mediterráneo, durante las XV y XVI Dinastías (aproximadamente, unos cien años) y que fueron expulsados por los tebanos hacia 1567 a. C. La ferocidad que la leyenda zíngara de los Urales atribuye a los *jutsi* se corresponde con la documentación que Egipto proporciona sobre los invasores hicsos. Particularmente Manetón, citado por Flavio Josefo, atribuye a ese pueblo dominador características temibles—en todo caso, es seguro que debió de ser un pueblo fuerte y combativo; de otro modo, no habría logrado controlar la casi totalidad del territorio egipcio por la fuerza—. «Los autores egipcios [escribe, aunque sin identificarse totalmente con ellos, P. Marie-Josep Steve], desde los escribas de la XVIII Dinastía hasta Manetón, coinciden en hacer de la época de los hicsos un período de abominación». Pido al lector que lea estas deducciones con la cautela con que las anoto. Pues si, por un lado, el talante de los hicsos dominadores puede corresponder con los *jutsi* que aterraban a la memoria colectiva de los zíngaros rusos del siglo pasado, si identificamos a ambos conjuntos de jinetes habríamos de aceptar que ya en el siglo XVII a. C. había en Egipto poblados gitanos: antes, pues, de las invasiones arias a la India. Quizá sea descabellado dar por cierta esta deducción. Quizá sea precipitado desestimarla de forma tajante. Pero si no se desestima, nos veríamos forzados a hacer retroceder la fecha inicial del nomadeo gitano (cosa, por lo demás, bastante verosímil en tiempos en que eran constantes los movimientos migratorios de pueblos), con lo que, más que un acopio de hipotéticas precisiones, sólo obtendríamos una nueva tiniebla en nuestro desvalido afán por rastrear la misteriosa prehistoria de esta comunidad. De cualquier modo, al proponer esta deducción—repito: con cautela insaciable [3]—reforzamos la sospecha de una presencia *rom* en Egipto desde tiempos remotos, y la teoría de una corriente migratoria del nordeste al noroeste de Africa: algunos gitanos, como escribe Teresa San Román, «llegaron a Bizancio a través de Armenia y otros pasaron al norte de Africa habiendo cruzado Siria. Esto explicaría por qué se encuen-

[3] «Con cautela insaciable»; en efecto, en ocasión anterior y en un trabajo sobre el que es juicioso no proporcionar pistas, he manejado la citada leyenda y, extraordinariamente ayudado por esa mala consejera que se llama improvisación, he llegado a una propuesta a la que debo, creo, llamar precipitada. Mi ferviente necesidad de no caer ahora en idéntico purgatorio intelectual me obliga a cuestionar mi nueva hipótesis (jutsi → hyksôs) y a proclamar únicamente la prudencia con que la ofrezco.

tran palabras greco-bizantinas solamente en algunos grupos gitanos y palabras árabes solamente en otros».

Repitamos, con Botey, una pregunta: los gitanos «¿fueron desde siempre nómadas?» Esta pregunta podría formularse de otro modo: los gitanos ¿fueron siempre insumisos? Continuando nuestro saqueo al texto de Botey, parece que «desde sus orígenes, los gitanos tuvieron que recorrer leguas y atravesar ríos defendiendo una tradición entrañable y —cortado el cordón umbilical con la madre India— crearon una raza». Son, como se ve, muchos cientos de años de nomadismo por Asia, Europa y, probablemente, el norte de Africa. Tal vez sea indebido suponer que durante esos siglos fueran en ninguna parte mucho mejor tratados de lo que luego lo serían en España. Sucesivos países, sucesivos siglos, sucesivos éxodos y, a menudo, sucesivos racismos. Como más adelante veremos, las leyes contra los gitanos brotan en España con notable fluidez desde unas décadas después de que ellos aparezcan. Si, en su mayor parte, estos gitanos se quedaron en la península, ¿cómo se los trató en Asia, en Europa? Espero que nadie confunda esta interrogación con ningún tipo de nacionalismo; no es otra cosa que un elogio para ese pueblo duradero y silenciosamente indómito.

Se calcula que fueron alrededor de ciento ochenta mil los «egipcianos» que atravesaron el Pirineo en sucesivas oleadas. En su mayor parte acabaron adoptando las tierras andaluzas para su definitiva radicación geográfica o para su ya restringido nomadeo. Esa elección no puede ser casual. Un pueblo en marcha desde siglos no se detiene ni por casualidad ni por cansancio. La profunda simbiosis gitanoandaluza que significa ese fenómeno cultural sobrecogedor al que llamamos el arte flamenco, indica —sugiere al menos— un mínimo de semejanzas culturales básicas; incluso asomándonos con premura encontramos semejanzas en sus formas de relación con la divinidad, en su concepto del grupo y en la densa estructura emocional de la familia, en la alta gradación de la sentimentalidad en todas sus formas, en su relación ensimismada con la naturaleza, en su situación particular dentro de la totalidad social, etc. En sus mejores momentos, las bocanadas de antropología en que consiste el arte gitanoandaluz hablan de una tentacular fraternidad entre la memoria colectiva de los gitanos y la memoria colectiva de ese prieto y mezclado núcleo racial que habita las tierras andaluzas. Miedo y dureza, orgullo y flexibilidad, resignación y altanería, son aparentes antinomias comunes en andaluces y gitanos. Ojeando la pavorosa Andalucía social del siglo XVII, Ricardo Molina indica que «en este miserable y abatido estrato popular de proletarios y jornaleros, reducidos gran parte del año a la mendicidad, fue donde arraigaron numerosos grupos gitanos, bandas segregadas de un misterioso pueblo perseguido». Y agrega: «... el proletariado andaluz

y los gitanos perseguidos tenían que entenderse perfectamente a través de algo vagamente parecido a una instintiva conciencia de clase». Aludiendo también a esa nebulosa pero arraigada camaradería de la desdicha, José Carlos Arévalo hace notar que «cuando la represión es más irracional y drástica», son los payos pobres quienes «procuran mejor acomodo a los gitanos perseguidos».

Acaso los gitanos no excluían de su inmediato porvenir la posibilidad de esas persecuciones cuando penetraron en España. Fue, parece, a principios del siglo XV. Hasta hace poco, la mayor parte de las fuentes proponían el año 1447 (habrían entrado por Barcelona), apoyándose en los *Anales de Cataluña,* de Narciso Feliú. Hoy disponemos de una prueba documental que indica una anterior fecha sobre la presencia de los gitanos en la península. El hallazgo de ese documento lo debemos a la inapreciable investigación de Amada López de Meneses. Se trata de un salvoconducto en el que consta que Alfonso V el Magnánimo ordena a las autoridades de la Corona de Aragón no poner impedimento alguno, durante tres meses a partir de la fecha de la firma, a Juan de Egipto Menor ni a las gentes mandadas por él. El salvoconducto lleva fecha de enero de 1425 y se conserva en Barcelona, en el Archivo de la Corona de Aragón. Traducido del catalán medieval por Salvador Savall Creus, he aquí el texto completo de ese lejano documento:

Johannis de Egipto.

Alfonso, etc. A los nobles, amados y fieles universales y sendos gobernadores nuestros, justicias, vegueres y viceveguers, bayles, vicebayles y otros guardias de puertos y cosas vedadas en cualesquiera partes de nuestros reinos y tierras, al cual o a los cuales las presentes llegarán y serán presentadas, o a los lugartenientes de aquéllos. Salud y dilección. Como el amado y devoto nuestro don Juan de Egipto Menor, yendo con nuestra licencia a diversas partes, haya de pasar por algunas partes de nuestros reinos y tierras, queremos que aquél sea bien tratado y acogido, por lo que a vosotros y a cada uno de vosotros decimos y mandamos expresamente y de ciencia cierta, bajo quedar incursos en nuestra ira e indignación, que el nombrado Juan de Egipto y los que con él fueren y le acompañaren, con todas sus cabalgaduras, ropas, bienes, oro, plata, ayudas, valijas y cualesquiera otras cosas que consigo llevaren, dejéis ir, estar y pasar por cualesquiera ciudades, villas, lugares y otras partes de nuestro señorío, con salvedad y seguridad de toda contradicción e impedimento, removiendo los obstáculos. Proveyendo y dando a aquéllos seguros pasaje y conducción, siempre y cuando por el dicho don Juan seáis requeridos durante el presente salvoconducto nuestro, el cual queremos que tenga

una duración de tres meses a contar del día de la fecha de la presente en adelante contaderos. Dado en Zaragoza bajo nuestro sello secreto a los doce días de Enero. En el año de la Natividad de Nuestro Señor, de 1425. REY ALFONSO. // Francisco Exaloni, hecho por mandato regio según relación de Francisco Darinyo [4].

Circula una hipótesis según la cual los gitanos entraron en España también por el Estrecho de Gibraltar. Rastreando el éxodo gitano, escribe Clébert: «Queda convenido, pues, que los gitanos, abandonando las riberas del Indo, penetraron primero en el Afganistán y en Persia, y alcanzaron el norte del Mar Caspio, al sur del Golfo Pérsico. El grupo norte atraviesa Armenia, el Cáucaso y, más adelante, Rusia. El grupo sur remonta los cursos del Eufrates y del Tigris. Pero el eje de la progresión bifurca todavía: mientras una pequeña parte de las tribus se dirigen, unas hacia el Mar Negro, otras hacia Siria, el grueso de la emigración penetra en la Turquía asiática. La rama más meridional costea el Mediterráneo a través de Palestina y de Egipto. Es muy probable que algunos de estos nómadas conseguirían proseguir su camino por la costa norte de Africa hasta Gibraltar y llegar a España» [5]. Aunque citando varios autores en apoyo de esa teoría, Clébert la adopta con cautela. Advierte que esa ruta podría explicar el hecho de que un viajero que encontró a unos gitanos en España en el año 1540 «pudiese hablar con ellos en griego vulgar. Pero ¿dónde hallar pruebas evidentes de la presencia de los gitanos en Africa? Fuera de Egipto, se les señala en Etiopía, en Sudán, en Mauritania y en Africa del Norte. Pero, al parecer, nadie los ha estudiado (...) La dificultad de la tesis "africana" aumenta más aún por el hecho de que los documentos españoles no mencionan nunca dos grupos nómadas distintos. Mencionan simplemente a los gitanos». Sin embargo, la hipótesis es apasionante: su corroboración abriría otra puerta geográfica a la llegada de los gitanos a España. Pero mucho más apasionante es lo que sugieren esas fechas, esas rutas, esos nombres de pueblos antiguos —por ejemplo, Egipto—, en relación con la expresión *arte gitanoandaluz*. Más atrás mencionaba a la pobreza y a la marginación social como causas de esa simbiosis gitanoandaluza que tiene en el cante y el baile una perpleja y misteriosa prueba. Creo que esas causas son suficientemente visibles. Creo también que, aunque conceden a algunos cantes el afanoso privilegio de tener un rostro sangriento, no bastan para establecer esa espe-

[4] Este documento, en sus versiones catalana y castellana, aparece en 1973 en el libro de CARLOS ALMENDROS *Todo lo básico sobre el flamenco*. Agradezco a los señores Almendros y Savall Creus su amable autorización para reproducirlo.

[5] Carlos Almendros recoge esta hipótesis. No la corrobora con pruebas—aún inexistentes—, pero la defiende con argumentos estimables. Por su parte, José Carlos de Luna sospecha que los gitanos llegaron a la antigua Bética con los griegos y los fenicios, y que, por tanto, entraron a la Península por la parte Sur en el siglo V antes de Cristo.

cie de consaguinidad que el cante reúne a Andalucía y a los gitanos. Los hechos sociales (sobre todo los hechos infames) suelen alimentar al fenómeno artístico; pero sus raíces están enterradas, también, en la geología de los siglos. A la pregunta de por qué los gitanos españoles viven preferentemente en Andalucía desde poco después de su llegada, y a la pregunta de por qué las formas folklóricas que tranjeran consigo los gitanos y las músicas andaluzas se entremezclan y dan origen al cante gitanoandaluz, es lícito responder con cifras económicas y con nombres de suburbios y de presidios, pero esa respuesta es incompleta.

En un texto de Manuel Barrios encuentro esta cita de Felipe Pedrell: «En la música de los cantares del Sur hay algo que se remonta al origen de ese pueblo en otros tiempos errante. Todo ello nos acusa una relación muy próxima con el arte popular árabe, tal como éste, ya en su período de decadencia, se practicaba entre los siglos X y XI en todo el mundo musulmán.» También de Pedrell es una cita que Federico García Lorca incluye en su conferencia *El cante jondo:* «El hecho de persistir en España en varios cantos populares el orientalismo musical tiene hondas raíces en nuestra nación por influencia de la civilización bizantina, antiquísima, que se tradujo en las fórmulas propias de los ritos usados en la Iglesia de España desde la conversión de nuestro país al cristianismo hasta el siglo onceno, época en que fue introducida la liturgia romana propiamente dicha.» «Falla—agrega García Lorca—completa lo dicho por su viejo maestro, determinando los elementos del canto litúrgico bizantino que se revelan en la 'siguiriya', que son: los modos tonales de los sistemas primitivos (que no hay que confundir con los llamados griegos), el *chabarmaísmo* inherente a esos modos y la falta de ritmo métrico de la línea melódica.» Y en una posterior versión de su texto, llamado ahora *Arquitectura del cante jondo,* García Lorca escribe: «Las coincidencias que el maestro Falla nota entre los elementos esenciales del 'cante jondo' y los que aún acusan algunos cantos de la India son: el inarmonismo como medio modulante; el empleo del ámbito melódico, que rara vez traspasa los límites de una sexta, y el uso reiterado y hasta obsesionante de una misma nota.» Las semejanzas profundas del cante gitanoandaluz con las músicas árabes y con formas folklóricas hindúes (hoy conviene, en función de una mayor precisión, decir *pakistaníes,* ya que el actual Pakistán es el antiguo noroeste de la India) son algo ya abundantemente señalado. Esa profundidad en las semejanzas, ¿no señala una semejanza en las raíces?

Esa hipótesis ni siquiera necesita que los gitanos hayan entrado en España por el norte de Africa. Si fue así, la vida nómada de los gitanos salidos de la India hacia el sur, se habría mezclado durante siglos con la vida también viajera de los árabes en su período de expansión y con-

quista—por ejemplo, en Egipto, tierra que los árabes arrebataron al Imperio bizantino (y recuérdese aquí que Pedrell explica el orientalismo musical de varios cantos populares españoles señalando la influencia de la civilización bizantina en España). Habría, además, otra semejanza, tal vez no lateral: Mahoma constituye el Estado árabe mediante la trabazón de tribus dispersas y (como las tribus de aquellos gitanos) *nómadas.* Pero si los gitanos no entraron a España por Gibraltar, la hipótesis de la semejanza no de formas, sino de raíces, es más espaciosa y no menos interesante: sabemos que, en todo caso, los gitanos iniciaron su emigración desde la cuenca del Indo; en su *Historia de la España islámica,* Montgomery Watt nos recuerda que una de las líneas de expansión de los musulmanes «iba hacia el nordeste, siguiendo la dorada ruta que conduce a Samarcanda y aún más allá; otra se dirigía hacia el sudoeste, hacia el valle del Indo». ¿Cuánto tiempo fueron vecinos en la India los gitanos y los musulmanes pobres y tal vez seminómadas? Los primeros como parias, los segundos como invasores tolerantes, ¿qué se decían? ¿Alguna noche, algún siglo, cantaron juntos? ¿Su mutua existencia nómada provocó semejanzas en sus formas de relación con la realidad, y éstas en sus músicas, sus cantos, sus danzas, su arte? ¿Qué cantos influyeron en qué cantos, qué danzas en qué danzas, qué música en qué música? ¿Es la música un sobrecogedor, misterioso, viejísimo recuerdo? ¿De qué, de cuándo? Los cantos y las danzas, ¿son huellas dactilares de la antropología? ¿Es la música y el movimiento—es decir, el *ritmo*—lo que conserva a los orígenes? Los gitanos que emigraron del valle del Indo después de la invasión musulmana, ¿qué habían retenido, en su música y en sus danzas, del arte de sus invasores? ¿Y qué les contagiaron? Los árabes, que en el año 711 iniciaron la dominación en España; que se enamoraron de Cádiz, Sevilla, Córdoba y Granada, y que se quedaron durante ocho siglos, ¿qué traían en sus músicas, sus danzas y sus cantos, aprendido—¡o corroborado!—siglos atrás en la lejana India, en la lejana Egipto, en la lejana Siria? ¿Qué se debían, qué se recordaban, qué se estaban restituyendo desde siempre? Cuando a finales del siglo XV —mientras Colón navegaba a descubrir su propio sueño—los gitanos se derramaban por Andalucía, ¿descubrieron allí, en Al-Andalus, un poco de su infancia cultural, algunos enigmáticos resuellos del pasado dormido? ¿Vieron por entre los suaves espejismos de las marismas los rostros borrosos de sus antepasados? ¿En algún canto árabe desgranado junto al Guadalquivir con la monotonía de lo inmortal escucharon el rumor que las aguas milenarias del Indo habían siglos atrás depositado en sus oídos? Los centenares de miles de moriscos que, expulsados de España, emigraron al norte de Africa, y parte de los casi doscientos mil gitanos que llegaban emigrantes de toda Europa, ¿qué se dijeron allí,

en las tierras del derruido califato de Córdoba? Se miraron a los ojos y ¿qué se dijeron? ¿Un canto? ¿Una danza sombría? ¿Tiempo, dolor y espacio? Tiempo. Dolor. Espacio. En el fondo del arte hay tiempo, hay espacio y hay dolor. Siempre. En una toná hay siglos. ¿Siglos de la India? ¿Siglos de Al-Andalus? ¿Siglos de espacio? Hay también siglos de dolor, hay más desdicha de la que puede rodear con sus brazos desaforados. La India, el éxodo, la permanente condición de parias, el Imperio musulmán, la larga derrota musulmana, tres continentes y abundantes épocas y una multitud de injusticias, de persecuciones y de calamidades pueden todavía, encerrados en una soleá, sonar de manera descabellada, insoportable y fundamental en «una taberna de Triana o de Jerez, en una vivienda popular del Puerto de Santa María o de Mairena del Alcor, en una venta de Cádiz o de Alcalá de Guadaira, en un bodegón de Arcos o Utrera, en un patio de vecinos de Morón o Lebrija...». Son nombres que ha reunido Caballero Bonald, el cual prosigue: «Unas casuchas angostas, insalubres, excavadas, en parte, en la dura roca, mitad barracas, mitad cuevas, se arraciman desordenadamente en el declive. Entre el laberinto de los senderillos se amontona el yerbazal, corren las aguas residuales, pasa la vida inmisericorde. [No está inventando una estampa de la miseria; no es necesario inventar nada: habla de un lugar de Alcalá de Guadaira.] Aquí vivieron Joaquín el de la Paula y Agustín Talega y la Roezna—grandes forjadores del cante del siglo pasado—, y aquí viven aún sus humildes descendientes, casi desconocidos transmisores de aquella portentosa herencia gitana.» Y en otro lugar de ese dibujo caliente y rumoroso, Caballero Bonald se aproxima a uno de los humildes descendientes: «Enrique vive también en el barrio de chabolas que mina la ladera del castillo, sobre la hoz del Guadaira. Con esa resignación, a veces irritante por serena, que parece aposentarse en los pueblos largamente sojuzgados, el hijo de Joaquín el de la Paula exhibe su mísera vida como podría hacerlo alguien que hubiese sido despojado transitoriamente de sus posesiones. Cierto orgullo—ese impreciso orgullo de los gitanos, mitad hecho de estudiado desdén y mitad defensa ante las humillaciones—oculta, como una poderosa cortina, tantas humanas indigencias. Enrique el de la Paula se hacina con su familia en un inhóspito cuchitril, pero no se queja.» ¿Tampoco se queja Tomás Torre, el hijo de uno de los primordiales del cante?: «En ese forcejeo de Tomás con las densas sombras de su voz, en la desesperada raíz de cada uno de sus rotos lamentos, en el trágico arranque de sus ecos gitanos, reside la más honda verdad del cante: su furiosa mansedumbre social, valga la aparente contradicción. El flamenco, en el fondo, no es sino un grito sin rebeldía, una resignada protesta, algo así como la liberación de una queja personal sin destinatario.» El flamenco es un laberinto, y Caballero Bonald ha

visto esa resignada protesta en alguna de las muchas angosturas del laberinto. Pero el laberinto se abre en un recodo imprevisible y se puebla de ciertas cenicientas amenazas y de cierta frugal violencia, y el cronista escucha cantar a Antonio Calzones: «... aquella misma mañana prorrumpió, sin que nadie se lo pidiera y sin guitarra que lo estimulase, en un largo, estremecedor arranque por siguiriyas. Las condiciones ambientales eran más bien improcedentes. Un despiadado sol caía sobre un patio de vecindad, se oían perturbadores ajetreos, hablaban a voces al lado nuestro. De pronto aquel grito de Calzones recorrió el patio como un inusitado meteoro, enmudeciéndolo y deshabitándolo». Y, al fin, en otra revuelta del infatigable laberinto del cante, Caballero Bonald se encuentra con Tía Anica la Piriñaca: «Todo el humano ahorro de pasión de esta anciana y excepcional cantaora emerge como una flor terrible de cada una de sus llameantes lamentaciones (...). La intocable raíz del flamenco está representada exactamente en esas entrañables, humildes, sobrecogedoras quejumbres, extraídas de la más oscura memoria racial (...). Se entrega al cante a intuitivas bocanadas de liberación.» Y la anciana Tía Anica, sin saber que poco después unos muchachos van a llevar por Europa una verdad tremante llamada *Quejío,* se concentra con su vaso olvidado en la mano de vieja piel, permanece en silencio un largo instante y con sencillez, con cierta indiferente convicción, nos dice: «Cuando canto a gusto me sabe la boca a sangre.»

FELIX GRANDE

Alenza, 8
MADRID-3